

abismo, en donde estabas sumergido no tenias cuerpo ni alma, ni méritos, y era sin comparacion mas que tú el menor grano de arena de los que están en la orilla del mar. ¡Oh Dios mio! mucho tengo que temer cuanto mayor es la causa que tengo para ello.

JACULATORIAS.

Haced, Señor, que te conozca, y me conozca para que te ame, y yo me desprecie. (*S. August.*)
¡Para qué te ensoberbeces, oh hombre, no siendo mas que polvo, y ceniza! (*Eccl.*)

PROPÓSITOS.

Siendo la humildad la base y fundamento de todas las virtudes, es de admirar el poco aprecio que de ella se hace en el mundo. Humíllate delante de Dios, conociendo lo incomprendible de su Magestad, y el abismo de tu miseria. Si Dios apartára de ti todos los bienes que te ha dado, no fueras mas que un abismo de la nada y del pecado. Admira la gran bondad de Dios que quiso colocar sus dones en una tierra tan estéril y corrompida como tú. Si te despojas sinceramente de aquellos bienes que tienes, tanto naturales como sobrenaturales, te correrás de vergüenza delante de Dios, porque no son tuyos sino de Dios, y antes que los recibieras de ningún modo los has merecido, y despues que los recibiste por la grande liberalidad de Dios no has querido conservarlos.

DIA QUINCE.

San Eujenio I, Arzobispo de Toledo.

ESTE santo, primer obispo de este nombre en la cátedra episcopal de Toledo, uno de los mas celosos operarios del padre de familias en la promulgacion del Evangelio, y uno de los mas célebres mártires que por defensa de la religion de Jesucristo brillaron en los primeros siglos de la Iglesia; fué natural de Roma, descendiente de las distinguidísimas familias que por su calificada nobleza y honoríficos empleos servian de ornamento á la capital del imperio romano. Aplicado á los estudios, como se hallaba dotado de un ingenio escelente y de un extraordinario talento, hizo en las ciencias humanas tan conocidos progresos, que estuvo reputado por uno de los mayores sabios de su tiempo. Recomendable Eujenio por su nobleza, por su integridad, por sus costumbres, por el aprecio que de él hacian los

hombres eminentes de su siglo, y por la particular estimacion que debia al César, brillaba en Roma con las mas apreciables cualidades á los ojos del siglo; pero tenia la desgracia de estar desposeido del sólido principio de la verdadera sabiduria, consistente en el conocimiento y temor del verdadero Dios.

Vino en su tiempo á Samaria de Roma el primojénito de Satanás, Simon Mago, y fué adorado como Dios erijiéndole estatuas en las que se le dió culto.

En esta lamentable situacion se hallaba Roma cuando el Señor, que queria hacerla el centro de la religion cristiana, providenció contra aquella peste, que crecia mas y mas cada dia, el antidoto oportuno, mandando á San Pedro que pasase de Antioquia á la capital del mundo á desvanecer los engaños del mago con la misma ilustracion que lo habia hecho en Judea. Deseñeó su mision el príncipe de los Apóstoles, predicando las verdades evangélicas con aquel celo que era propio de su carácter; y comparando los secuaces del mago las vidas, las doctrinas, y las maravillas de ambos Simones, conociendo muchos sin dificultad los engaños del uno, y las sólidas verdades del otro, se declararon discípulos de San Pedro. Uno de los que siguieron este acertado partido fué Eujenio, que habia adoptado antes los sacrilegos sentimientos del embustero; y como era un hombre de tanta penetracion, y de tan sublime talento, creció en él en contraposicion de la fascinacion errónea, el conocimiento

del verdadero Dios, de su Unijénito encarnado, y de los misterios infalibles de nuestra santa religion, la que abrazó inmediatamente.

Arribó á Roma por aquel tiempo San Dionisio Areopajita, y el papa le envió á las Gaulas, donde dominaba el jentilismo, señalándole por compañero de su mision, entre otros, á San Eujenio, bien conocido por su gran sabiduria y por su ardoroso celo en dilatar el reino de Jesucristo.

Salió toda la tropa de aquellos hombres apostólicos de Roma á llevar la luz de la fé al otro lado de los Alpes. Es antigua tradicion que se dirijieron á Arlés primeramente, donde habiéndose detenido algun tiempo en el cultivo de aquella viña, distribuyendo despues San Dionisio por varias provincias á su compañeros, envió á la de España á San Eujenio, que dirigió su rumbo á Toledo.

Partió nuestro santo á su mision con los mismos sentimientos, con el mismo ánimo, y con el mismo celo que los apóstoles, ilustrando á todos los pueblos por donde transitó con la luz del Evangelio, sin temor á los idólatras, entre los que esponia su vida cada instante. Luego que se presentó en Toledo halló un dilatado campo que cultivar en la multitud de jentiles que vivian en mil groseros errores, y en una espantosa corruptela de costumbres, preocupados con las falaces supersticiones que adoptaban los idólatras. Predicó á aquella multitud con nerviosa elocuencia sobre la risible variedad de sus falsos dioses, hizoles palpable la imposibilidad de muchos en

todo racional conocimiento; mostróles con energía la necesidad de creer solo en un Dios, Criador de Cielo y de la tierra; y en Jesucristo nuestro Salvador y nuestro Dios: y en fin, explicó con tanta claridad, así las verdades infalibles de nuestra religión, como su santidad, que en muy poco tiempo floreció la fé entre aquellos naturales y estableció la piedad cristiana, de manera que parecía no dejar mas que desear á su celo. Mucho sirvió para dar mas eficacia á su predicacion la confirmacion de su doctrina con repetidos milagros; por los que convertidos muchos infieles á el gremio de la Iglesia, aumentó en Toledo considerablemente el rebaño de Jesucristo, al que enseñó el modo de celebrar los oficios y sacrificios divinos, y demas funciones que recomienda nuestra santa religión; sin omitir diligencia que pudiera contribuir para el fomento del culto divino, para el mejor establecimiento del clero, y para la reforma de las costumbres del pueblo.

Después que invirtió algunos años en el cultivo de aquella viña, quiso ver á su íntimo amigo San Dionisio, así para tener esta complacencia, como para comunicar con él los progresos de su misión. Y habiendo dejado dispuestas todas las cosas necesarias para el mejor gobierno de su Iglesia, partió á las Gaulas, continuando por todas partes la predicacion de la palabra divina con el mismo valor y con el mismo celo que siempre ejerció este ministerio, hasta que llegó á Diolo, aldea cerca de París, donde supo el martirio de San Dionisio, y de sus compañeros Rús-

tico y Eleuterio. Si bien fué grande el sentimiento de Eujenio por la muerte de su cordial amigo, no fué menor la emulacion que concibió su corazón por imitarle en su triunfo.

Supo Fascenio Sesino, gobernador de las Gaulas, autor de la muerte de San Dionisio, los oficios que practicaba San Eujenio, y como profesaba un odio implacable á los cristianos, especialmente á sus jefes y cabezas, despachó luego á sus ministros para que le quitasen la vida. Partieron estos inmediatamente á ejecutar el sacrilego atentado; pero apenas llegaron á presencia del santo pastor, que se hallaba en las funciones de su ministerio, suscitó en ellos cierta especie de veneracion y respeto el venerable aspecto del insigne prelado. Quisieron persuadirle á que tuviese compasion de sí propio, no esponiéndose al rigor de una severa muerte, que le era preciso sufrir, segun la orden que tenian del gobernador; pero desatendiendo Eujenio sus consejos, los animó á que cumpliesen el mandato de su principal, haciéndoles ver que no era digna de lástima, sino de envidia, la muerte de los que la padecian por amor de Jesucristo: por lo que presentando lleno de gozo el cuello á la espada, lo decapitaron el 15 de noviembre por los años 117. Conociendo los ejecutores del injusto homicidio la estimacion que harian los cristianos del venerable cadáver, lo arrojaron con la cabeza separada del cuerpo á un lago llamado Mancasio, donde permaneció el dilatado tiempo de doscientos años: hasta que cesando el

furor de las persecuciones jentilicas, quiso Dios manifestarlo, para lo cual se apareció una noche San Dionisio á Hertoldo, sujeto principal de Diolo, quien se hallaba gravemente enfermo: y sanándole del penoso accidente, le ordenó que estrajera el cuerpo de San Eujenio su compañero, del lago espresado, y que le diese sepultura con honor; asegurándole que por su intercesion obra el Señor muchos beneficios en favor de los fieles. Puso en ejecucion Hertoldo en la siguiente mañana el mandato de San Dionisio, acompañado de muchas jentes, y estrajo del lago el venerable cuerpo integro, incorrupto, y tan flexible como si acabase de espirar, con admiracion de todos los concurrentes. Intentó conducirlo al monasterio de San Dionisio de París; pero no habiendo podido conseguirlo con cinco pares de bueyes que tiraban del carro, donde colocaron el cadaver, dejando en libertad á los animales, le llevaron fácilmente á una heredad del mismo Hertoldo: el que convencido por tan evidente prueba de que era voluntad de Dios que allí se sepultase, lo ejecutó en un suntuoso túmulo, sobre el que erigió una Iglesia magnífica en honor del santo, donde se hizo recomendable su memoria por la multitud de prodijios que se dignó el Señor obrar por la intercesion de su fidelísimo siervo.

Allí se mantuvo en grande veneracion por muchos años, hasta su traslacion al monasterio de San Dionisio de París. No convienen los escritores en el motivo de esta traslacion. Unos

son de opinion, que abrasándose el reino de Francia en sangrientas guerras, robos, é incendios en tiempo de Ludovico, hijo de Carlomagno, no hallándose los de Diolo en estado de poder defender tan precioso tesoro del furor de los invasores, le transfirieron al monasterio de San Dionisio. Otros escriben que conducido el venerable cuerpo á aquel monasterio con motivo de rogativas públicas, habiendo quedado inmóvil al tiempo de su regreso, á pesar de las activas y eficaces diligencias, se convencieron todos de que era voluntad de Dios que se quedase en aquel famoso templo con el de su compañero San Dionisio.

Habiendo pasado el arzobispo Don Raimundo al Concilio de Reims, que se celebró en el año 1119, visitando con este motivo el monasterio de San Dionisio de París, leyó en aquel templo una inscripcion que decia: *Aquí yace San Eujenio mártir, primer arzobispo de Toledo.* Interesó en su regreso á España á D. Alfonso VII, rey de Castilla y León, llamado el Emperador, para que mediando con su yerno Luis VII, rey de Francia, pudiese conseguir la Iglesia de Toledo las reliquias de su santo pastor. Ofreciólo así Luis; pero las muchas dificultades y oposiciones que encontró en los monjes de San Dionisio para la entrega total de aquel tesoro, hizo que solo enviase el brazo derecho del santo, que fué conducido por el mismo Alfonso á Toledo el día 12 de febrero del año 1156.

Si fué célebre esta primera traslacion, lo fué

mayor sin comparacion la segunda, en la que venciendo las dificultades que no pudo Luis VII, Carlos IX de Francia, y su madre Doña Catalina de Médicis, rejeta del reino, por la mediacion de Felipe II se entregó el cuerpo de San Eujenio á D. Francisco Manriquez de Lara, canónigo de Toledo: cuya traslacion se hizo á la misma santa Iglesia en 18 de noviembre de 1565 con la mas augusta pompa: pues llevaron en ella la urna sobre sus reales hombros el rey, el principe D. Carlos su hijo, y los dos archiduques de Austria sus sobrinos; colocándose tan precioso tesoro en el Altar mayor de la misma Iglesia, donde se le tributan los honores de patrono.

San Maló, obispo y confesor.

Nació en la Gran Bretaña, fué hijo del conde de Vinchester y su madre era tia materna de San Sanson y San Maglorio, familia esclarecida acostumbrada á producir santos. Pusieronle bajo la direccion de San Brandan, abad, y dió claras muestras de su buen ingenio, juntando á la facilidad de aprender, una docilidad tan grande, que todos los monjes le amaban. Solo tenia de niño la inocencia y la sencillez de las costumbres. Huia de todo juego y entretenimiento pueril: era abstinentemente antes de conocer el nombre á la abstinencia. La lectura y la oracion eran para él los mayores embelesos. No se arrimaba al fuego en el invierno, porque abrasaba su corazon el fuego del amor divino. Parecia que la

divina Providencia tenia de él un particular cuidado, como lo denota el suceso siguiente. Estaba á las orillas del mar el monasterio de San Brandan, y solian algunas veces salir sus discipulos para pasearse á la ribera. Salió el niño Maló una tarde á recrearse con sus condiscipulos, y cuando estos se divertian se sentó él inoportunamente sobre un gran césped que estaba separado de la tierra, y se quedó dormido, sin que ninguno lo advirtiese. Llegó la marea, cubrió todos aquellos espacios que habia dejado en seco al retirarse, y cercando por todas partes al santo niño, levantó sobre las olas el verde lecho en el que con tanto sosiego descansaba, durmiendo en el seno de la divina Providencia.

Luego que el abad le echó menos en el monasterio, corrió apresurado á la orilla del mar, creyéndole sumerjido en sus olas. Varias veces le llamó, y viendo que no respondia, se volvió al monasterio con la mayor tristeza. Volvió el santo abad al romper el alba, no con la esperanza de hallarle vivo, sino por el mucho amor que le tenia. Iba el abad siguiendo la marea cuando se retiraba, y entonces vió á su querido hijo sobrenadando en su verde catre, y cantando las divinas alabanzas. Acercóse á él, y supo de su boca el prodijio de la divina bondad, que quiso sirviese para conservar su vida la violencia de aquel furioso elemento. Al retirarse la marea se fijó en el suelo del mar aquel verde lecho y formó una islita, la que hasta hoy no cubren las aguas, aun en las fuertes mareas. Un niño en

cuyo favor obraba el cielo prodijios, era razon que solo á Dios se consagrarse.

Tomó el hábito en el monasterio de San Brandan, y fué un modelo de todas las virtudes, especialmente en la humildad. Esto le hizo poco grato á sus hermanos, escitando en ellos cierta envidia, y para saciar su aversion le armaron un lazo. Una noche que le tocaba despertar para maitines le apagaron la lámpara, y tuvo que bajar por lumbre á la cocina para encender una vela. El cocinero no se la quiso dar si no llevaba las brasas encendidas en el hábito. El santo jóven las tomó al punto en la mano, sin que esta ni el hábito padeciesen el menor detrimento, y las llevó á la celda de su santo abad, la que ya estaba iluminada con una luz celestial. A vista de este prodijio quedó el abad tan atónito, que se arrojó á los pies de nuestro santo; pero este atribuía estos portentos á la santidad de su maestro. Tuvieron entre los dos un combate de humildad, que decidieron ambos atribuyendo á Dios la gloria de aquellos prodijios.

Despues de prima tuvieron entre sí una conferencia secreta, y tomando la resolucion de dejar el monasterio, se embarcaron en un navio con resolucion de irse á vivir á una isla desierta. Durante aquel viaje hizo San Maló muchos milagros. Apareciéndosele un ángel le dijo que no fuese á buscar tan lejos lo que tenían dentro de casa: que en la feliz estancia de donde habian salido hallarian cuanto deseaban. Despues de esta leccion se volvieron al monasterio, donde

hallaron tan trocados los corazones de todos, que en adelante vivieron en una continua paz y perfecta inteligencia. Duró poco esta quietud de nuestro santo, porque le sacaron de la soledad para hacerle obispo de Guiscastel; por unánime consentimiento del clero y del pueblo. Resistióse el santo cuanto pudo, pero viendo que nada adelantaba, resolvió exonerarse de la dignidad con la fuga. Embarcóse, y fué á una isla pequeña de Bretaña, donde vivia un santo ermitaño, llamado Aaron. Este se alegró mucho con el arribo de nuestro santo, y le declaró su método de vida, con los medios de que se valia para domar la carne y todas sus concupiscencias. San Maló determinó imitarle, como lo habia hecho en Inglaterra con San Brandan, su primer maestro. Su alimento era un poco de pan con algunas raices: sus delicias la oracion y cantar salmos: su pensamiento y corazon continuamente en el Cielo.

La ciudad de Alet distaba poco de esta isla. Era muy grande su opulencia, á causa del comercio, pero le faltaba el único bien que la podia hacer eternamente feliz, que era el conocimiento de Dios. Habia en la ciudad pocos cristianos; todos los demas eran jentiles. Instaron á San Maló para que les fuese á predicar; pero el santo se detuvo algun tiempo para no caer en otro empeño semejante al que le habia desterrado de Inglaterra. Fué necesario para resolverse que se le apareciese un ángel, quien le dijo de parte de Dios que fuera á predicar á aquel pue-

blo infiel, porque Dios le tenía destinado para ser su pastor. Obedeció el santo á la voluntad de Dios, entró en Alet, celebró el sacrificio de la Misa en una capillita de los cristianos, y despues predicó en ella. Estendida la voz por la ciudad concurrió mucha gente, y para autorizar la doctrina del nuevo apóstol quiso Dios que pusiesen un difunto á la puerta de la capilla; al mismo tiempo sintió el santo un impulso interior para resucitarle. Púsose de rodillas y empezó á orar, esperando todos con profundo silencio el fin de aquel suceso.

Luego que San Maló acabó de orar, se levantó de la tierra, y el difunto del atahud. A vista de este prodijio los infieles empezaron á gritar que era Jesucristo el verdadero Dios. A este milagro se siguió otro; porque convirtió el santo el agua en vino para que bebiese el resucitado. En este dia fué Dios glorificado por tan gran número de idólatras, que apenas tenía fuerzas suficientes nuestro santo para administrar el bautismo á tantos como le pedían. Habiendo formado aquella Iglesia, se vió precisado á encargarse del cuidado de ella. Mudó de aspecto todo aquel país por la vijilancia del santo pastor, y le suscitó el infierno muchos enemigos: El santo se vió precisado á retirarse, y llegó por mar á la ciudad de Jainthes, cuyo obispo era San Leoncio el jóven, sufragáneo del arzobispo de Burdeos. Abrazáronse estrechamente los dos ilustres prelados, y como los animaba un mismo celo fundaron en la gracia una íntima amistad.

Cedió libremente Leoncio á su desterrado amigo un lugar solitario desde donde pensaba nuestro santo vivir desconocido; pero la fama de los milagros suena mucho, y fué en breve descubierto. Padecía entonces la Bretaña las mayores calamidades por la ausencia de nuestro santo. Volvió San Maló á ella, y con él la prosperidad. Fué recibido como un ángel, concurriendo á saludarle los príncipes y los obispos, quienes le suplicaron con lágrimas que no los volviese á desamparar retirándose á la ciudad de Alet. El santo les declaró entonces que Dios tenía dispuesta otra cosa, y que debía morir en la tierra de su peregrinacion. Con efecto, volvió á tomar el camino de Jainthes, y sabiéndolo su santo amigo Leoncio, le salió á recibir con mil demostraciones de alegría. Estuvieron juntos algunos dias empleándolos en las divinas alabanzas, y despues de una separacion no muy larga, se sintió San Maló acometido de una fiebre maligna, que en tres dias le abrió las puertas de la eternidad. Murió sobre la ceniza y silicio, lleno de merecimientos, en una estrema ancianidad, el dia 15 de noviembre del año 612. Honróle Dios con muchos milagros despues de su muerte, como durante su vida.

MARTIROLOGIO.

Santa Jertrudis, vírgen, de cuyo tránsito se hace memoria el dia 17 de este mes.

El tránsito de San Eugenio, obispo de Toledo y

mártir, el mismo día, discípulo de San Dionisio Areopajita; el cual habiendo sido martirizado en territorio de París, recibió del Señor la corona de su santa pasión. Su cuerpo fué trasladado despues á Toledo.

San Felix, obispo y mártir, en Nola, en Campaña, el cual desde los quince años de edad resplandeció en el don de milagros, y con otros treinta alcanzó la palma del martirio siendo presidente Marciano.

Los santos mártires Guria y Samona, en Edesa, en Siria, en el imperio de Diocleciano, siendo presidente Antonino.

La pasión de San Abibo, diácono, allí mismo, el cual en el imperio de Licinio, siendo presidente Lisianias, fué despedazado con uñas de hierro, y arrojado á una hoguera.

Los santos mártires Secundo, Fidenciano y Várico, en Africa.

El tránsito de San Machuto, obispo, en Inglaterra, esclarecido en milagros desde su mas tierna edad.

San Luperio, obispo y confesor, en Verona.

San Leopoldo, en Austria, marqués de esta provincia, á quien canonizó Inocencio VIII.

La Misa es en honor de San Eugenio, y la oración la siguiente.

Oh Dios, que consagraste este día con la pasión de tu mártir y pontífice San Eujenio, concédenos benignamente que pues con júbilo celebramos anualmente su festividad, alcancemos por sus méritos el don de tu gracia. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 1 del apóstol Santiago.

Carísimos: bienaventurado el hombre que sufre con paciencia la tentación; porque siendo probado recibirá la corona de la vida que prometió Dios á los que le aman. Nadie cuando es tentado diga que Dios es quien le tienta, porque Dios es incapaz de tentar para el mal, y él á nadie tienta. Mas cada uno es tentado, atraído y cebado por su propia concupiscencia que le abstrae y le impele. Despues la concupiscencia cuando ha concebido pare al pecado, y el pecado en siendo consumado enjendra la muerte. No os engañeis, pues, hermanos míos muy amados. Toda buena dádiva y todo don perfecto viene de arriba y baja del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de alternativa. Porque de su voluntad nos enjendró por la palabra de verdad, para que fuésemos como las primicias de sus criaturas.

El Evangelio es del cap. 12 de S. Juan.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: En verdad en verdad os digo: si el grano de trigo caido en tierra no muere, se queda solo, mas si muere fructifica abundantemente. El que ama á su alma la perderá; y el que aborrece á su alma en este mundo, la guarda para la vida eterna. El que me sirve, sígame, y donde yo estoy allí es-

tará tambien el que me sirve. El que me sirviere será honrado por mi Padre.

REFLEXIONES.

Es la verdad la cosa mas digna de la curiosidad humana. Por una parte se desea y por otra se recela hallarla. Preguntó Pilatos á Cristo, qué cosa es la verdad, y no quiso esperar su respuesta. Hoy no hay valor para decirla, y falta el ánimo para oirla. Es un enigma la verdad, y por lo mismo le hacen las pasiones una sangrienta guerra. Buscóse la verdad por los caminos que nos desvian de ella y por las preocupaciones que nos ciegan. Si domina la pasion, esta nos oscurece la verdad, porque es el error el hijo mas querido de todas las pasiones.

MEDITACION.

De la santidad de vida.

Punto primero. Considera que el destino de los mundanos, siempre hambrientos, y siempre sedientos de los bienes sensibles, es no estar nunca contentos; como al contrario la suerte de las almas timoratas y virtuosas, hambrientas y sedientas de la justicia, es hallar en los caminos de la santidad con que saciar y satisfacer toda la es tension de sus deseos. En medio de eso siendo la santidad el único bien del hombre, es puntualmente el único bien que el hombre no desea. Este

único bien que solo es capaz de saciar nuestro corazon; este excelente bien, que él solo nos puede hacer dichosos: este precioso bien, que solo él es el lleno, sólido y real, es aquel tesoro escondido del Evangelio cuyo valor no se conoce.

Punto segundo. Considera que aun consultando precisamente á la luz de la razon natural, no se encuentra mayor grandeza en la tierra, que la vida de una persona dedicada únicamente al cuidado de servir á Dios.

Dignaos, Señor, dadme vuestra gracia que todos los dias que me quedan de vida los emplee solo en vuestro santo servicio y confiado únicamente en esta gracia, y en la seria voluntad que teneis, mi Dios, del que sea santo, propongo desde hoy trabajar en mi santificacion con toda mi alma, con toda mi aplicacion, y con todas mis fuerzas posibles.

JACULATORIAS.

Resuelto estoy, Señor, á guardar inviolablemente tu santa ley toda mi vida: ayuda mi flaqueza, y no me desampares. (*Psalm. 118.*)

Meditaré sin cesar tus mandamientos, y me ejercitaré en los ánimos que guian á ti. (*Ps. 118.*)

PROPÓSITOS.

Forma desde luego una gran idea de la santidad y de todo lo que contribuye á hacernos santos. Acaba de persuadirte de una vez para

siempre, á que no hay grandeza, no hay sabiduría, ni aun siquiera buen juicio sino en la santidad, y á que no hay hombre verdaderamente sábio sino el hombre virtuoso y verdaderamente cristiano.

DIA DIECISEIS.

San Rufino y compañeros mártires.

EN este dia se hace conmemoracion en nuestro calendario de San Rufino y compañeros mártires que fueron Rufiniano, Estrator, Artimodoro y Severo, de quien nos dicen los escritores de la nacion, que fueron naturales de la provincia de Andalucía, aunque se diferencian en el lugar de su origen, sosteniendo algunos que fueron de Utrera, en el arzobispo de Sevilla, y otros que de Baeza, en el obispado de Jaen. Estos santos mártires padecieron martirio en tiempo que imperaban Diocleciano y Maximiano, no por otra causa que la de mantenerse constantes en la fé que profesaban de Jesucristo, á pesar de los mas fuertes combates de los gentiles; los cuales enfuerecidos al ver la resistencia de estos ilustres confesores, sobre no prestar adoraciones sacrí-

legas á los ídolos, degollaron á Rufino y Rufiniano; colgaron de un teño á Estraton, y quemaron á Artemidoro y á Severo: logrando todos por medio de los espresados suplicios la apetecida corona del martirio, á principio del siglo tercero: los cuerpos de algunos de estos santos fueron recogidos por otros compañeros y sepultados de noche.

San Edmundo, obispo.

Nació San Edmundo en el reino de Inglaterra, de padres cristianos y muy temerosos de Dios, los cuales, como tan virtuosos, enseñaron á su hijo la vida espiritual, exhortándole á guardar perpétuamente virginidad, á domar su carne con ayunos y silicios, y no ofender á su Criador y Señor por ninguna cosa. Tomó Edmundo tan bien la doctrina é instruccion de su madre, que hizo voto á la Virgen Santísima de guardar perpétua castidad, tomándola por abogada y protectora; y para ganarla mas la voluntad, hizo hacer una sortija en que estaba esculpida el Ave Maria, y la puso en el dedo de una imágen de la Virgen, como quien se desposaba con ella; cuya sortija despues de muerto Edmundo, milagrosamente se halló en su dedo. Fue tan dado á la virtud y letras, que por ellas fue hecho arzobispo Cantuariense; y habiendo gobernado santamente su Iglesia, y el Señor obrado muchos milagros por su siervo, le llevó al eterno descanso el día 16 de noviembre del año 1246.

MARTIROLOGIO.

Los santos mártires Rufino, Marco, Valerio, y sus compañeros, en Africa.

Los santos mártires Elpidio, Marcelo, Eustoquio y sus compañeros, el mismo dia, de los cuales Elpidio, que era del orden de los senadores, habiendo confesado con la mayor constancia la fé de Cristo en presencia de Juliano apóstata, primero fue atado como sus compañeros á caballos sin domar, que le arrastraron, y por último murió quemado, consumando gloriosamente su martirio.

El tránsito de San Euquerio, obispo y confesor, en Leon, varón de admirable fé y saber: siendo del orden senatorio prefirió la vida y hábito religioso, encerrándose voluntariamente en una cueva, donde permaneció mucho tiempo, sirviendo á Cristo con ayunos y oraciones, hasta que por revelacion de un ángel fue colocado solemnemente en la silla episcopal de aquella ciudad.

San Fidencio, obispo, en Pádua.

San Edmundo, arzobispo y confesor, en Cantorberi, en Inglaterra, el cual siendo desterrado por defender los derechos de su Iglesia, murió santamente en Provis, villa de Senonois: fue canonizado por el papa Inocencio IV.

San Othmaro, abad, el mismo dia.

La Misa es en honor de S. Edmundo y la oracion la siguiente.

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, que en la venerable solemnidad del bienaventurado Ed-

mundo, tu confesor y pontífice, nos aumentes el fervor y el deseo de nuestra salvacion. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del cap. 5 del Apóstol San Pablo á los Efesinos.

Reflexionad, hermanos, que habeis de conducirnos cautamente en esta vida: no como necios, sino como sábios, aprovechando el tiempo, porque hay dias que son malos. Por tanto no os hagais imprudentes, sino inteligentes de cual sea la voluntad de Dios.

El Evangelio lo mismo que el dia 4, pág. 54.

REFLEXIONES.

El tiempo se redime si se emplea bien. Terrible cuenta han de dar á Dios los que le emplea tan mal, especialmente en el juego. Este es el que entre todas las diversiones ha hecho mas progresos y mas fortuna; porque arrebatada con mayor imperio, deja menos lugar á la razon para tristes reflexiones, y menos libertad al corazon para sentir sus cuidados. El juego ya no es una verdadera diversion, es un trabajo ingrato que reasume los espiritus, una pasion á que se sacrifican los bienes, la quietud y la conciencia.

MEDITACION.

Del peligro á que se esponen los que pasan una vida inútil.

Punto primero. Considera el peligro á que nos esponemos haciendo una vida inútil, y cuanto es de temer que atraigamos sobre nosotros dos castigos de un Dios justamente irritado con aquella terrible sentencia que se fulminó contra el árbol que no daba fruto.

Muchos años ha que no cesa Dios de estarnos cultivando; inspiraciones, gracias, auxilios, lances imprevistos, leccion de libros, todo se dirige á convertirnos. Mucho tiempo ha que el Señor anda buscando frutos, y solo encuentra hojas, ó á lo sumo, unos frutos como las manzanas de Gomorra: bella apariencia; pero lo interior podredumbre y amargura. ¿Pues cuál será nuestra suerte? ¿Qué debemos esperar? El árbol estéril es condenado al fuego; ¿pues un cristiano vacío de buenas obras, sin devocion, que solo tiene de cristiano el nombre y la apariencia, logrará el cielo por razon de su legitima?

Punto segundo. Considera cuanta desgracia es para una alma castigarla Dios con la justa, pero terrible privacion de estos extraordinarios auxilios.

Hasta aquí, Señor, es verdad, hice ineficaces todas vuestras gracias, inútiles todos vuestros desvelos. No os canseis, gran Dios, de las mise-

ricordias: continuad os suplico humildemente, continuad en cultivar esta alma con vuestra gracia, pues en ella confío que ha de llevar de aquí en adelante sazonados frutos.

JACULATORIAS.

Un poco mas de tiempo, Señor, un poco mas de tiempo, que yo os restituiré todo lo que os debo. (*Matth. 18.*)

Mi Dios y mi Señor, muéstrame hoy que eres mi dulcísimo dueño, y haz que comience yo á ser humilde siervo tuyo. (*3. Regum. 18.*)

PROPÓSITOS.

Si conoces bien el peligro á que está espuesta una vida ociosa, inútil y delicada, fácil te será evitar este peligro, teniendo horror á tan infeliz estado. Mira que los proyectos y deseos inútiles matan á los perezosos. Haz que sea siempre práctico el fruto de tus meditaciones reformando tu vida con el ejercicio de las virtudes. Practica desde hoy todas las buenas obras conducentes á tu estado. Hay familias honradas vergonzantes, que carecen de todo lo necesario: sócrreles con lo que puedas.

DIA DIECISIETE.

Santa Gertrudis la magna, virgen.

FUE alemana de nacion, de novilimos y muy virtuosos padres, y hermana de Santa Matilde: desde su niñez fué tan inclinada á servir al Criador, que á los cinco años de su edad comenzó á amarle. Descando, pues, la santa niña dar verdaderas muestras del grande amor que tenia á Jesucristo, lo primero que hizo fue volver las espaldas al mundo, y á Dios el rostro de su alma; y abrazándose con el suave yugo de Cristo, tomó el hábito de monja en el monasterio de Roda esdorf, de la religion de San Benito, donde fue espejo de humildad, mortificacion y santidad, ejercitándose por espacio de veinte años en todas las virtudes, teniendo entre otras religiosas, por ejemplo de santidad, á Santa Matilde su hermana, querida esposa del Señor. Estudió las artes